

NUEVOS EXTRACTOS

DE LA REAL SOCIEDAD BASCONGADA
DE LOS AMIGOS DEL PAÍS
EUSKALERRIAREN ADISKIDEEN ELKARTEA



Discursos pronunciados en el Acto de Ingreso
Como Amigo de Número de la Real Sociedad Bascongada de
SANTIAGO MERINO HERNÁNDEZ

Suplemento 23-G del Boletín de la RSBP

DONOSTIA-SAN SEBASTIÁN
2018



Juan Bautista Mendizabal, Julián Serrano,
Santiago Merino, Juan José Álvarez



San Telmo Museoa



Juan Bautista Mendizabal, Santiago Merino,
Juan José Álvarez, Julian Serrano



AGURRA / SALUDO

Juan Bautista Mendizábal Juaristi
EAEko Presidentea Gipuzkoan
Presidente de la Bascongada en Gipuzkoa

Ongi etorriak izan zaitezte denok, Santiago Merino; zure familia eta zure lagun denak. Nola ez, honera gaur hurbildu zareten Bascongadako Adiskideak. Eta guzti guztiok. Eta ongi etorri berezia nahi diogu eman baita gure Adiskide dugun Juan José Álvarez Rubio maisuari, berarenak izango dira harrerako hitzak.

Santiago Merino Hernández, Bascongadako lagunak aspalditik geunden zure ikasgaiaren zain. Iritsi da eguna. Badakigu zer poz eta interesarekin prestatu duzun gaur dakarkizun gaia. Gaurko ikasgai honekin aurtengo urtea ixten dugu, urte oparoa benetan. Gogoratu bakarrik, Jose Antonio Aperribai, Fermín Leizaola, Xabier Lizaso, Tolosako C.I.T., Aitor Oyarzabal eta orain zu, gure Adiskide Numerario berria izango zarena.

Zure ikasgaiak, Bascongadaren bi garai ezberdin lotzen ditu. Tu experiencia personal, tu conocimiento y tu entrega a la labor de hacernos entender el presente desde el conocimiento del pasado, son claves para discernir la andadura del espíritu ilustrado en el XIX. El siglo en el que la Bascongada desde su momento más glorioso, se transforma en una llama latente entre la intelectualidad del País.

Desde el XVIII, e incluso antes fueron frecuentes las tertulias para debatir sobre la situación del País y de los hombres y mujeres que constituían la comunidad. A este interés se sumaba el ocio, el gusto, la afición, la ciencia, las artes, la política, -aquella de Pericles, como decía mi viejo amigo Jorge Oteiza- y como no la economía. Entre apuntes y platos, documentos salpicados por salsas de diferente índole... fueron creando País. Como dice Juan Mari Arzak, con la blanca del pilpil, la verde de la merluza, la roja de la bizcaina y la negra de los txipirones. Desde la autoeducación a la comunicación y la heteroeducación. Debates de plena actualidad hoy en día.

No olvidemos que la historia de la propia Bascongada comenzó En 1764, con un gran banquete de bodas en un mes de diciembre como el que acabamos de entrar, en Azkoitia donde se festejaba un enlace muy sonado en la sociedad de entonces: la unión del marqués de Montehermoso y Xabiera Concepción del Corral.

Esas fueron las manos que dieron forma a la masa del edificio de nuestra sociedad. La amistad, surgida primero por parentesco y luego curtida por el trato de cercanía, de fraternidad. Ese trato que se transformó en una forma de sociabilidad del espíritu ilustrado del XVIII. Esta amistad hizo posible precisamente que hacia 1748 en Insausti, las asambleas nocturnas, las tertulias de juego y merendola, dieran paso a una forma más metódica de reunión, y así llegaron a constituir una verdadera junta Académica, tal y como describe Narros en el Elogio que le dedicó a Peñafloreda.

Gure tertulia arruntak, dotoretu eta indartu egin ziren metodologi berri batekin, dudarik gabe Manuel Ignacio Altunak, Parisen ikusita bezala... eta astelehenetan matematikaz hitz egiten zen, asteartetan fisikaz, asteazkenetan literatura eta batzarkideen itzulpenak, ostegunetan musika saioa, larunbatetan eguneko gogaberek eta igandetan berriro musika. ...eta acade-

mia sortu eta azkenik, Euskalerrriaren Adizkideen Elkartea eta Bergarako Seminarioa. Horregatik gaur oso gustora gatoz Santiago Merino, zure ikasgaia entzutera. Ziur gaude gure azken mendetako gatza eta piparra ezagutzeko aukera izango dugula.

“DE MASONES, LIBREPENSADORES Y SOCIEDADES POPULARES: DONOSTIA A FINALES DEL SIGLO XIX”

El título desde luego es sugerente, y la época también y la ciudad de Donostia, atractiva a todas luces. San Sebastián crecía, en todas las dimensiones y con un modo de vida rico en matices. Era la época de conocidas familias y personalidades que fijaron una estampa que pervive hasta hoy en día. Ahí, están los “joxemaritarras y los koxkeros”, de la creación de sociedades como la que tu formas parte, la Unión Artesana. La época de ese Euskal Pizkundea, en que nació nuestra segunda época con la Euskal batzarre, futura nueva Bascongada, su segunda época...

Zorionak ba, Santiago Merino, gure Adiskide Numerario Berrria. Aurrera eta eskerrik asko.

PALABRAS DE RECEPCIÓN

Juan José Álvarez Rubio
Amigo de Número de la Bascongada

Egun on guztioi, Euskalerraren Adiskideen Elkarteko lehen-dakaria Juan Bautista laguna, Santi Merino, laguna eta Adiskidea, lagunok, eguerdi on denori. Ni labur labur azalduko naiz, oso gustora nago hemen, lagun artean, eta plazer eta ohore handi bat da harrera hitzak ematea gaur ekitaldi honetan. Eskerrik asko bereziki Santiri bere hitzengatik, milesker, zuri esker adibide polita izan dugu gaur gure balioen inguruan hitz egiteko.

Es un placer poder exponer con aprecio y cariño estas palabras de recepción expuestas desde la admiración personal e intelectual hacia Santi Merino que nos ha deleitado con una preciosa lección de ingreso. La mejor o más adecuada manera de responder a través de estas palabras de recepción es el diálogo, el dialogo personal e intelectual que hemos tenido antes de este acto y hoy de manera muy breve quisiera transmitir.

Para nuestra querida Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País es un honor y un lujo personal e intelectual recibir como Amigo a Santi Merino, una persona que en todos sus ámbitos de vida, personal y profesional traslada sus reflexiones sin filtro alguno.

Santi Merino nos ha hablado hoy de ciudades, de murallas, de convivencia, de razones históricas que marcan y condicionan

una manera de convivir, de ser y de sentir. Pensemos ahora en el presente: la llegada de Trump al frente de EEUU representa una vuelta penosa al repliegue, a encerrarse en uno mismo, a la desconfianza frente al otro, a la insolidaridad, al egoísmo, a la autarquía, al unilateralismo. Y el más obscuro exponente de esta deriva populista viene representado por el delirio que representa retomar el proyecto de construcción de un muro fronterizo con México, monumento a la indignidad y a la prepotencia del más fuerte que ya fue concebido por la inefable dinastía de los Bush, padre e hijo.

Cree o quiere hacernos creer ahora Trump que todo ello aporta una ilusoria sensación de poderío y de seguridad pero en realidad demora la verdadera solución de los conflictos que subyacen tras la existencia de tales muros y fronteras, dificulta el diálogo y la convivencia y nos conduce a la compartimentación social, a crear guetos que creíamos ya desaparecidos de nuestro imaginario social.

Pero Trump, en realidad, no ha inventado nada. Cisjordania es otra muestra de la prepotencia y arrogancia de Israel, desafiando incluso a la Corte Internacional de La Haya, que decretó su ilegalidad. Desde la muralla china (siglos III y IV a de C.), con miles de Kilómetros, hasta el derruido muro de Berlín, edificado en 1961 y con 165 Km de longitud, pasando por ejemplos modernos, el muro nos remite al miedo y al repliegue: me encierro para no exponerme al otro, a quien no entiendo y con quien no quiero encontrarme. ¿Y no responde a esta lógica la suma de complejos residenciales que proliferan en nuestras ciudades, como fortalezas, como los nuevos recintos cerrados e impermeables frente a terceros?

Con frecuencia hablamos de tolerancia, de diálogo intercultural, y sin embargo se levantan por todas partes del mundo nuevos muros y murallas que separan más de lo que supuestamente protegen.

Santi nos ha hablado hoy también de librepensadores: la mayoría de librepensadores son humanistas, y desde la época de la Ilustración tal término define una actitud filosófica que rechaza todo dogmatismo. El maniqueísmo simplista, las falsas simetrías que en muchos ámbitos se muestran en numerosos contextos sociales han de ser rebatidos desde y con la reflexión serena y fundamentada.

En el mundo jurídico y político ha habido muchos malos ejemplos basados en la simplificación de los buenos y los malos: en los años de la triste dinastía, políticamente hablando, de los Bush padre e hijo en los Estados Unidos y de los hechos que siguieron al trágico 11-S se empezó a decir que aquel que estuviera en contra de la guerra estaba a favor de Saddam como si quien discute sobre la oportunidad de dar una concreta medicina a un enfermo estuviera a favor de la enfermedad... y después se acabó diciendo que quien no estuviera a favor de Bush era sencillamente un antiamericano visceral.

Vivimos tiempos convulsos y catárticos en la política y en lo social que recuerdan a lo dicho por el gran poeta Antonio Machado, quien definía con brillantez el gregarismo social al escribir “qué difícil es, cuando todo baja, no bajar también”. También en nuestra tierra, en Euskadi, y en la búsqueda de nuestra ansiada convivencia social en paz, El reto de la convivencia pasa por reconocer empática y recíprocamente al diferente. Estigmatizar al que no secunda tu proyecto político, marginar social y políticamente a quienes no comulguen con la orientación socialmente mayoritaria, construir bloques cerrados frente a otros sectores sociales no es el camino hacia una verdadera construcción nacional.

Esta orientación ha fracasado cada vez que unos u otros lo han intentado. Enfrentar siempre suma más apoyos populares que tender puentes entre diferentes. Pero esa orientación frentista suma sólo al principio, porque mantiene unidos a los pro-

pios, pero luego es incapaz de ensanchar la base social de un proyecto, sin la cual no puede salir adelante. Lo negativo vende más que la pretensión constructiva de trabajar por tu proyecto político y de País sin componer trincheras desde las que solo escuchar el eco de tu propia voz, marginando o despreciando al que opina diferente.

La política es el gran instrumento del que disponen los seres humanos para organizar su convivencia. Cuando la política se hace bien el pluralismo queda asegurado, pero al mismo tiempo esa diversidad de valores, intereses e ideologías no impide resolver los conflictos sociales. Una sociedad políticamente madura no es una sociedad sin problemas o conflictos, una sociedad en la que reinara un consenso general. Lo que exige una democracia pluralista es que esos conflictos tengan cauces de expresión y resolución.

En el nuevo contexto, marcado por el fin definitivo de la violencia, queda mucho por hacer en el plano del reconocimiento de las víctimas, de la elaboración pública de la memoria y de la reconstrucción de la convivencia. De entrada, la sociedad vasca debe un especial reconocimiento a las víctimas, lo que constituye una condición necesaria para la convivencia futura en Euskadi. Las víctimas son una referencia fundamental en una sociedad justa no por la ideología que profesaron sino por la injusticia que sufrieron y que merece ser reconocida y reparada en lo posible. La sociedad vasca ha avanzado en tal reconocimiento y tendrá que seguir haciéndolo para conseguir una memoria pública universal basada en la justicia y la verdad, hasta que podamos decir que hemos construido el ámbito vasco de reconocimiento y compasión.

En los momentos de resolución de un conflicto hay otra forma de desprecio que se cierne sobre las víctimas. Entenderlo es fundamental para comprender por qué las víctimas suelen sentirse entonces nuevamente amenazadas y cómo disipar ese

temor. Podríamos llamarlo “la amenaza de la simetría» que algunos pretendan establecer entre ellas y sus agresores. Una guerra o un conflicto entre comunidades puede acabar así, pero en Euskadi no ha habido ni lo uno ni lo otro. Ni siquiera los infames episodios de violencia de Estado pueden justificar un esquema de simetría, de tal manera que la culpabilidad estuviera repartida a partes iguales. La violencia no ha sido nunca inevitable, ni cabe justificarla como respuesta adecuada a otra violencia anterior.

Uno de los puntos especialmente controvertidos en todo proceso de pacificación es el que se refiere al modo de entender la reconciliación, qué reparación corresponde al daño causado por el terrorismo en el tejido social. En muchas ocasiones la idea del perdón y la reconciliación han sido utilizadas como justificación ideológica para omitir graves reparaciones de justicia, ocultar la verdad y callar a las víctimas. Pero la memoria no puede ser neutra porque la reconciliación no es un pacto entre agresores y agredidos para encontrarse en una especie de punto medio entre violencia y democracia.

La reconciliación supone reposición de unas relaciones de reconocimiento recíproco, pero esta obligación de reconocer a los adversarios, aunque se dirija a todos por igual, no plantea las mismas exigencias a quienes han ejercido la violencia y a quienes no lo han hecho. Aquí tampoco puede aceptarse la simetría. Todos tenemos la misma obligación pero no todos tenemos que hacer el mismo recorrido. De lo que se trata ahora es de recuperar para la convivencia democrática a quien no fue capaz entonces de entender que la violencia carecía justificación, pero no de ofrecerles ahora una legitimación inmerecida.

En una democracia la escritura de la historia sólo puede hacerse en un marco de pluralismo, bajo la mirada vigilante y crítica de diversas memorias paralelas que discuten. No corresponde al legislador fijar de manera autoritaria una regla para la

interpretación del pasado. Nuestra lectura de la historia es un trabajo nunca acabado y siempre problemático.

El deber de la memoria ha de acompañarse de una aceptación de la complejidad histórica. Ahora bien, el relato oficial, público y, sobre todo, los principios sobre los que se asiente nuestro marco político y sus procedimientos de modificación no pueden legitimar el recurso a la violencia. Una cosa es ser flexible y otra decretar que, tratándose de principios fundamentales de la convivencia, la verdad está a medio camino. El relato justo del pasado, por difícil que sea, nunca es un punto medio entre víctimas y verdugos. No se trata de imponer una “verdad oficial” sino de establecer que la discusión acerca de nuestro pasado se lleve a cabo en el marco de los principios democráticos, de respeto, pluralidad, ilegitimidad de la violencia y reconocimiento de las víctimas.

Que las naciones examinen críticamente su pasado no significa que su realidad o su proyecto sean necesariamente ilegítimos. Las naciones no son intrínsecamente perversas, pero su concepción mítica, abstracta y totalitaria, sí. Ninguna nación vale tanto como para liquidar al adversario o excluir al que no se identifique con ella. Esta convicción es el gran aprendizaje colectivo que ofrece el final de la violencia. De que la sociedad vasca lo interiorice plenamente depende que pueda hablarse de una verdadera reconciliación.

Dejo para el final otra pasión compartida con Santi: El deporte y en particular el fútbol como juego, como elemento relacional, algo que sin duda es hoy es mucho más que un deporte. Los sociólogos lo califican como un “hecho social total”. Aglutina elementos identitarios, arrastra pasiones, despierta lealtades perpetuas y genera un tipo de adhesión inquebrantable en torno a los colores de un equipo. Gestionar un club de fútbol equivale a profesionalizar un sentimiento, a ordenar mucho más que una empresa. Y si ésta se ordena sobre la base de valores de

seriedad, compromiso, humildad y determinación el éxito social y deportivo se asienta, como ocurre en estos últimos años con nuestro querido Éibar, sobre sólidos cimientos.

Representa lo mejor de unos valores, unas pautas de conducta individuales y colectiva que socialmente vemos hoy tristemente abandonados en muchos ámbitos de nuestra sociedad y que deja en el camino a muchos proyectos culturales, empresariales o sociales, como si fueran pecios hundidos en medio de la tormenta de esta dura crisis.

Nuestro Éibar, equipo que tuve la fortuna de conocer como jugador integrante de su plantilla a finales de los 80, muestra valores de integridad, humildad, respeto al contrario, colaboración y cooperación como clave de su éxito institucional y deportivo. Y en un contexto social y político donde los “valores” al alza son lo contrario, todo un elenco de malas praxis que se llevan por delante proyectos culturales por luchas de egos desahorados o disputas políticas marcadas por trincheras ideológicas donde lo último que prima es el interés ciudadano o ceses que revelan rupturas de convivencia o empresas que cierran por falta de diálogo social, tristes ejemplos de egoísmos tan egocéntricos como absurdos que solo generan energía negativa, que destruyen en lugar de avanzar hacia un futuro mejor.

Decía Alfonso Barasoain, nuestro magnífico entrenador en mi época futbolera eibarresa, que profesional no es aquél que se hace “millionario” con su actividad (pensaba él en los astronómicos sueldos de futbolistas) sino quién vive con ilusión, intensidad, motivación y ganas de mejora cada uno de sus días de trabajo. Nos inculcó ese espíritu a un grupo de amateurs que jugaba contra jugadores consagrados y dedicados en exclusiva al fútbol. Y nuestra baza era ese valor de humildad, de superación, de sano orgullo por el trabajo bien hecho. ¿No es cierto que falta ese sentimiento en muchas de las actividades sociales, laborales, políticas en nuestra sociedad vasca actual?

Dejo la respuesta para una tertulia con Santi, un gran dialogador, siempre inasequible al desaliento y que seguro aportará su entusiasmo vital y su experiencia en pro de nuestra querida Bascongada. Hala izan dadila!

**DE MASONES, LIBREPENSADORES
Y SOCIEDADES POPULARES:
DONOSTIA A FINALES DEL SIGLO XIX**

Lección de Ingreso en la
Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País
Euskalerrriaren Adiskideen Elkarte

POR:
SANTIAGO MERINO HERNÁNDEZ

SAN TELMO MUSEOA - DONOSTIA
2 de diciembre de 2017

DE MASONES, LIBREPENSADORES
Y SOCIEDADES POPULARES:
DONOSTIA A FINALES DEL SIGLO XIX

AGRADECIMIENTOS

A la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País por acogerme en lo que a todas luces es una de las instituciones culturales más importantes de Euskal Herria. Sin duda es todo un honor.

A la Unión Artesana y al Ateneo Guipuzcoano, ellos son los protagonistas de parte de la historia que expondremos.

A quienes desde el silencio ayudan a construir la sociedad en la que vivimos.

De todas las personas de mi entorno que podría citar, tan sólo lo haré de forma emocionada a una de ellas: mi madre. He tenido la suerte de vivir en un universo marcado casi exclusivamente por las mujeres (desgraciadamente todos los varones se nos fueron muy pronto): abuela, madre, hermana, mujer y tres hijas. Todas son muy importantes, pero ella es imprescindible.

A Juanjo Alvarez, siempre digo que es poco el tiempo que paso con él y así poder continuar aprendiendo de uno de los juristas más importantes del País.

Y por supuesto, a todos ustedes por compartir un rato de su tiempo con esta ciudad y sus gentes: las del último tercio del siglo XIX.

Empecemos...

1. Y A PESAR DE TODO DONOSTIA RESURGIÓ DE SUS CENIZAS

Después del incendio, saqueo y destrucción de Donostia¹ acontecido el 31 de agosto de 1813, en la ciudad solamente quedaron en pie 36 casas, situadas en la calle de la Trinidad, hoy 31 de agosto honrando a los donostiarras que sufrieron dicha barbarie, y algo de más de 3.500 habitantes.

Sin embargo, poco después, el 8 de setiembre de 1813, se reunieron en el caserío Aizpurua de Zubieta las autoridades donostiarras, con el alcalde Miguel Antonio de Bengoechea a la cabeza, y algunos otros supervivientes. Allí decidieron la reconstrucción de la ciudad, encargando al arquitecto Pedro Manuel de Ugartemendía poner en marcha el proyecto.

En todo caso, y mientras se discutía la viabilidad del citado proyecto presentado en el ámbito institucional, los solares arrasados por las llamas, una vez vaciados de escombros, se fueron llenando de barracas y edificios provisionales con tiendas incluidas. De alguna forma se iba configurando por iniciativa popular la nueva Donostia que pronto vería, en fase de ejecución, la rectificación de algunas calles, que conservarían sus nombres, al tiempo que se buscaba reducir las manzanas a formas rectangulares. En este contexto, la calle Puyuelo (hoy Fermín Calbetón) se convertiría en la más larga de la ciudad, puesto que transcurriría desde el Arco de Santiago, junto a la muralla del muelle, hasta el extremo contrario de la misma, junto a la calle de la Zurriola o de Santa Ana, hoy Aldamar, que se configuraba como el límite oriental.

Y Donostia empezó a renacer. En 1817 se inició la Plaza de la Constitución (Plaza Nueva en su original denominación), de 1828

[1] Utilizamos la denominación “Donostia” para referirnos en su denominación oficial a “Donostia/San Sebastián”.

a 1832 se llevó a cabo la Casa Consistorial en dicha plaza, en 1829 se construyeron las escuelas públicas en la actual Plaza de Sarriegui, que primitivamente era calle de Atocha o de la Iguera y después se convirtió, precisamente por estar ahí ubicado el centro educativo, en la Plazuela de las Escuelas. Poco a poco la ciudad fue recobrando su normalidad, llegando hasta los 10.000 habitantes en 1840.

Ese renacer de la ciudad mirando al futuro lo hizo también sin olvidar la cultura puesto que ya en 1818 el Ayuntamiento quiso dedicar un edificio sito en la calle de la Trinidad a representaciones teatrales, si bien debido a su delicado estado prefirió acondicionar a tal fin una bóveda de la fortaleza de las propias murallas. Sin embargo, no cabe duda que las expresiones culturales en este momento histórico se desarrollarían en ubicaciones provisionales hasta que en 1846 se inauguró el nuevo Teatro Principal, que luego sufriría varias reformas, incluido su derribo total, y su reinauguración definitiva ya en 1931.

Y así Donostia fue avanzando por el siglo XIX, siglo que no se portó nada bien con la ciudad: cenizas en 1813; los Cien Mil Hijos de San Luis en 1823; cólera en 1834; bloqueo carlista de 1835 a 1837; nueva epidemia colérica en 1858; nuevo asedio carlistas de 1875 a 1876..., y a estos graves y bélicos acontecimientos le tenemos que sumar infinidad de motines y pequeñas algaradas propias de la época...

Pero como señalaba Jesús María Arozamena en su obra *“Biografía sentimental de una ciudad”*: *“El donostiarra está lleno de entusiasmo, de fe en sí mismo y de algo que es infinitamente más serio: de fe en su pueblo”*².

[2] Arozamena, Jesús M^a. *San Sebastián, Biografía sentimental de una ciudad*, Samarán ediciones, Madrid, 1963, pág. 96.

2. EL DERRIBO DE LAS MURALLAS: LA EXPANSIÓN URBANÍSTICA E IDEOLÓGICA DE LA CIUDAD

En los momentos previos al derribo de las murallas que atenazaban a la ciudad, nos encontramos ante una población huérfana de comunicaciones y afectos (gran parte de Gipuzkoa desconfiaba de ella por su carácter liberal) pero en continuo desarrollo. Así, por ejemplo, en 1856 se aprobó en Madrid la línea de ferrocarril Madrid-Irún, posibilitando que años más tarde, en 1864, arribara el primer tren a Donostia.

Una vez conseguida la capitalidad del territorio en 1854, la auténtica expansión de la ciudad se produjo con el derribo de las murallas que comenzó en 1863 (simbólicamente el 4 de mayo de 1863 el alcalde Don Eustasio Amilibia desprendió la primera piedra) y finalizando en 1865. Este derribo daría paso a la ejecución de un Ensanche muy ambicioso proyectado por Antonio Cortázar que se aprobaría definitivamente en 1866. Sería el comienzo de esa “población distinguida y abierta” que caracterizaría a Donostia.

En este momento histórico dos conceptos de ciudad eran el objeto de debate. Los alamedistas apostaban por una ciudad de turismo frente a los anti-alamedistas que lo hacían por una ciudad industrial que tendría su polo de desarrollo en el puerto. El propio consistorio estaba dividido y fue el voto de calidad del por aquel entonces alcalde, Tadeo Ruiz de Osorio, el que inclinó la balanza a favor de los alamedistas. Nacía el nuevo Donostia, no diferente -en su medida- a los ensanches de Barcelona (1860) y Madrid (1859), inspirados a su vez en el que efectuó Haussmann en París a partir de 1853.

Tras el derribo de las murallas la ciudad se extendió en un ensanche atractivo y armonioso, residencia de una burguesía emergente enriquecida con el turismo, el comercio y la pequeña industria surgida en los alrededores. Donostia disfrutaba, así, de

una economía avanzada y sólida, no concentrada en un solo sector. De un lado estaba la industria periférica; de otro el sector terciario, nutrido por el comercio, la hostelería y las finanzas. Surgían cada año hoteles de calidad y comercios muy especializados. El modelo guipuzcoano de desarrollo, tanto en lo urbanístico como en lo económico y demográfico, fue gradual y armónico, en contraste, por ejemplo, con el de Bizkaia caracterizado por una rápida y gran industrialización.

3. EL NACIMIENTO DE LAS SOCIEDADES POPULARES

Antes del derribo de las murallas, la población vivía abigarrada en un espacio urbano mínimo. Cada casa estaba claramente diferenciada por alturas, viviendo en los pisos más altos y en los áticos las clases sociales menos dotadas. Sin embargo, las personas se relacionaban de forma normalizada mezclándose con gentes de otros oficios, de la misma casa o en la vía pública, acudiendo en este último caso todos ellos a los soportales de la Plaza Nueva, la taberna o la sidrería³.

La nueva ciudad que surge en el Ensanche Cortázar produce una segregación de espacios en donde cada segmento social está perfectamente diferenciado. En esta situación, la burguesía y el turismo de alto nivel -el único existente entonces- comenzaba a disfrutar del ocio en lugares exclusivos. Por el contrario, los

[3] Señala Rafael Aguirre Franco, en el libro publicado por la sociedad Ollagorria por su centenario, que las sidrerías más conocidas a mediados del siglo XIX eran, ubicándolas en las calles con su actual denominación, las siguientes: Ogeitabat-Kupeleta (calle Pescadería), Gatzoki (Subida al Castillo), Barbara-Enea (Ángel), Heriz-eneko-bia (frente el Muelle), Porreobia (Juan de Bilbao), Kañoietan (en lugar en donde actualmente está la sociedad del mismo nombre), Atotxa-Enea (Sarriegui), Monjatakua (Ángel), Ama-Birjiña (Embeltrán), Goenaga-Enea (Mayor), Gurruchaga-Enea (31 de agosto). Posteriormente, señala, surgieron Antzizu-Enea, Amaikabiatzena, Simon-diru-enea, Txoena, Beltzaenea, Patrikera-aundi, etc.

estratos más populares seguían teniendo como punto de encuentro las sidrerías, que generalmente ocupaban los sótanos de alguna de las casas del casco histórico.

Sin embargo, estas sidrerías urbanas van desapareciendo al extenderse el consumo de vino entre la población. Así, la clientela más fiel a esta bebida debía salir a los alrededores para degustar la sidra, todo ello en contra de sus hábitos hasta la fecha. Por otro lado, y aquí podemos encontrar una segunda causa del origen de las sociedades populares, el Ayuntamiento, a instancias del vecindario, impuso una normativa rígida en los horarios de cierre de estos establecimientos, limitando con ello las relaciones sociales de estos sectores. En estos dos motivos podemos encontrar el origen de las sociedades populares. Los donostiarros reaccionaron buscando con una colectivización de la propiedad, seguir consumiendo sidra, incluso a precios más económicos, huir del control de los horarios y además un lugar para “estar y compartir”.

Las crónicas nos hablan de numerosas sociedades que existían en la ciudad en la segunda mitad del siglo XIX. La primera en crearse, incluso antes del derribo de las murallas, fue en 1843 La Fraternal, instalada en el nº 11 de la calle Puyuelo. Una sociedad de “comer y cantar”, como rezaban sus estatutos, pero también organizadora de fiestas, como los carnavales, o la famosa corrida de toros de altos vuelos celebrada en 1857 en la Plaza de San Martín, entre otros muchos festejos que intentaban llenar el vacío del verano, y que algunos han situado como el antecedente más remoto de la Semana Grande donostiarra. La iniciativa, no podemos obviarlo, terminó con un auténtico desastre económico. Nacía, en cualquier caso, el concepto de organizar un divertimento popular que tenían un doble objetivo: sobre todo divertirse sus promotores, pero también, como así se describía en esos primeros momentos, “atraer foráneos”.

Como vemos, en ese Donostia abierto a nuevas ideas y desde ese espíritu liberal, incluso contestatario frente a su entorno territorial, que siempre ha caracterizado a los donostiarras, es cuando se empiezan a desarrollar las iniciativas populares, las cuales, además de atender a las necesidades muy diversas de sus socios, participan en la celebración de multitud de eventos festivos que marcaron definitivamente a la ciudad y la personalidad de los donostiarras.

4. LA UNIÓN ARTESANA

El nacimiento de la Unión Artesana, decana de las sociedades populares en cuanto que proviene de La Fraternal, supuso, como ha puesto de manifiesto Rafael Aguirre Franco⁴, un modo especial de entender la vida.

El 14 de mayo de 1870, a las 7 de la tarde, 76 amigos, muchos de ellos provenientes de la desaparecida La Fraternal una vez que ésta sufrió un incendio que destruyó su sede y provocó su desaparición, se reúnen en el primer piso del número 16, en la calle de la Trinidad y constituyen, según reza su acta de constitución, “una sociedad de artesanos cuyo fin es la distracción y recreo de los que a ella pudieran pertenecer”.

A tal efecto, en este acta, en el que curiosamente no se da nombre al naciente grupo, los socios de la Unión Artesana decidieron arrendar los pisos primero y segundo de la casa nº 2 de la Plazuela de Lasala, siendo su primer presidente José María Iturrioz. Los fundadores definieron un proyecto de carácter democrático e igualitario, que vendría a definir (todavía hoy) al resto de sociedades populares.

[4] Aguirre Franco, Rafael, *Las sociedades populares*, Caja de Gipuzkoa, Donostia, 1983, pág. 13.

Con vocación de servir de centro de recreación de sus socios, se prohibió la entrada a las mujeres, aunque fueran foráneas (vid. artículo 47 de sus primeros estatutos), cuestión ésta que hemos de verla, siguiendo a Fernando Múgica⁵, con la distancia de los años y sobre todo en la confirmación de que en el centro de la sociedad vasca se situaba la mujer vasca y ese veto no hacía más que ser un grito de “independencia” de los varones, muy al estilo de lo desarrollado en sentido contrario por las ligas feministas inglesas de finales del siglo XIX, no pudiéndose ver en ello discriminación en los términos que hoy podrían observarse. Es más, si por algo se caracterizó precisamente la Unión Artesana en su devenir histórico fue por su carácter progresista y capacidad de adaptación a los tiempos, algo que también se concretó en la progresiva participación de las mujeres en sus actividades.

Estos artesanos, obreros y empleados, pioneros de la nueva cultura popular, con el tiempo se fueron organizando en comisiones, trabajando de forma desinteresadamente por una Donostia que querían ayudar a engrandecer.

Constituida la Unión Artesana su primer “acto importante” fue comprarse un piano, que perduró hasta los años veinte del siglo XX, para lo cual hubo que abrir una suscripción entre los socios, fijando una relación de esta sociedad con la música que perdura hasta hoy en día.

En este marco, y siendo socio el maestro Sarriegui, podemos imaginar que algunas de las más hermosas canciones de la música popular donostiarra se fraguaron en ese piano antes de alcanzar la gloria.

[5] Múgica Herzog, Fernando, *Breve crónica de un siglo de vida donostiarra, La sociedad “UNION ARTESANA” en su centenario*, Fundación Alzate, Donostia-San Sebastián.

5. EL LIBREPENSAMIENTO LLEGA PARA QUEDARSE: EL ATENEO

En 1870, mismo año de la fundación de la Unión Artesana, nace el Ateneo, por aquel entonces llamado de San Sebastián (hoy Ateneo Guipuzcoano), a fin de dedicarse a la enseñanza y a la discusión de todos los problemas que se agitaban en el mundo político, científico y literario.

Los fundadores, entre otros, de este primer Ateneo (José Manterola -impulsor de la revista *Euskal Erria*-, Benito Jamar -hermano del que sería socio e impulsor de la Cámara de Comercio Joaquín Jamar-, José Arana -importante promotor de espectáculos-, Ramón Fernández -el alcalde de la ciudad-, José Goicoa -arquitecto que desarrollaría el segundo ensanche de la ciudad-, Ramón Machimbarrena -igualmente de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País), presentaban como rasgo común un liberalismo vasquista y encontraban su inspiración en la revolución de 1868, llamada La Gloriosa o Revolución de Septiembre, y que acababa de triunfar en España.

Esta revolución supuso el destronamiento y exilio de la reina Isabel II y el inicio del llamado Sexenio Democrático que supuso el primer intento de establecer un régimen democrático en España, inicialmente como forma de monarquía parlamentaria y luego como república, la Primera República. En esta revolución, así como en el espíritu de justicia, progreso, educación y cultura que de ella se desprendía, debemos de buscar el fundamento de nuestros librepensadores donostiarras.

El Ateneo de San Sebastián desde su fundación hace suyas las palabras que el periódico liberal *Aurrera* de Donostia vertía el 5 de junio de 1869: *“Solo los pueblos instruidos, morales y redimidos de la miseria, son los pueblos verdaderamente libres. Enseñad al pueblo ignorante, y por cada letra del alfabeto, por cada idea científica que hayáis inculcado en su ruda y yerma inteligencia habréis conquistado*

un triunfo de la libertad y en pos de la civilización. Todos los caminos conducen a la libertad, se ha dicho, hasta los caminos vecinales; gran verdad es ésta, pero no lo es menos que el gran camino para la libertad es la cultura”.

Los ateneos, que ya se extendían por España, se diferenciaban de otros centros culturales en que en ellos las ideas se discutían y se difundían.

El Ateneo buscaba convertirse en organismo de instrucción en el marco de un proyecto regeneracionista basado en la adquisición de conocimientos que contemplaba el liberalismo.

El Ateneo de San Sebastián y la Unión Artesana encontrarían sus caminos en esa fase inicial y lo hacen en el ya citado número 2 de la Plazuela de Lasala, prueba sin duda de la confluencia de ideas y buena sintonía entre ambas entidades, si bien ya para 1874 los primeros cambiarían su sede al nº 4 de la calle Legazpi. Posteriormente, y tras una nueva ubicación en el descanso del Teatro Principal, el Ateneo languideció no pudiendo superar el clima de guerra que se vivía en el momento.

Seguramente la implicación de sus dirigentes en la contienda en la medida que el alcalde y secretario del Ayuntamiento formaban parte del Ateneo, y de sus socios en los Voluntarios de la Libertad (más de una tercera parte se alistaron en dicho cuerpo) contribuyeron sin duda a ello.

Durante estos primeros años, el Ateneo se caracterizó por abordar temas de indudable actualidad en el momento histórico en el que se encontraba la sociedad como “La educación de la mujer”, “La enseñanza obligatoria” o “La forma de entender el Estado”.

6. LA SEGUNDA GUERRA CARLISTA Y SU INCIDENCIA EN DONOSTIA

El carlismo a final de la década de los 60 del siglo XIX no se hallaba en su mejor momento. Sin embargo, la revolución de 1868 le sacó de su letargo, haciéndose fuerte de una forma notable, entre otros lugares, en Gipuzkoa. Pero, como es bien conocido, frente a una abrumadora mayoría carlista existente en este Territorio, Donostia se constituía como un Ayuntamiento y una plaza mayoritariamente liberal.

La considerada para nosotros segunda guerra carlista, en la media que no computamos la Guerra de los Matiners debido a su no incidencia especial en nuestro entorno, se desarrolló principalmente en el País Vasco, Navarra y Cataluña: El día elegido para el alzamiento fue el 21 de abril de 1872, cruzando a continuación Carlos VII, pretendiente a la corona española, la frontera de Navarra el 2 de mayo de 1872, si bien después de la batalla de Oroquieta tuvo que regresar a Francia. No contentos con esta tentativa, el 18 de diciembre se produjo una nueva sublevación, armándose nuevas partidas carlistas. La guerra había echado a andar.

Si por algo se caracterizó esta contienda fue por el control que tuvo el carlismo de las provincias vascas y navarra, salvo las capitales, fijando incluso el 16 de julio de 1873 la capital del estado carlista en Estella. El sitio de las capitales en 1874, y bombardeos posteriores, y las consecuencias que de ellos se derivaron, serían los datos más relevantes de la guerra hasta la batalla final acontecida en Abadiano en 1876 y en la que los liberales derrotaron a los carlistas.

Hasta el comienzo de los bombardeos Donostia fue una ciudad sitiada por los carlistas, que la consideraban la “capital del vicio” por lo que la ciudadanía tuvo que adaptarse a la nueva situación, sufriendo las estrecheces propias de la misma. Sin

embargo, la moral de los ciudadanos no desfalleció, ni tampoco sus anhelos culturales (conciertos de música cuando había posibilidad de organizarlos, obras de teatro...) ni siquiera cuando comenzaron los temidos bombardeos.

En efecto, los carlistas, una vez sitiada la ciudad, comenzaron a las 21:30 de la noche del 28 de septiembre de 1875 a bombardearla desde Arratsain y Venta-Zikiñ; cañoneo que duró casi cinco meses. Durante este bombardeo se instaló en la parte alta del Castillo de la Mota un observatorio (primero había estado provisionalmente en la Basílica de Santa María), atendido por un muchacho de 14 años, quien cuando veía el cañonazo sitiador hacía sonar una campana. Este sereno y constante responsable en última instancia de la seguridad de los donostiarros sitiados era José María Iturrioz, hijo del primer presidente de la Unión Artesana.

Fruto de estos bombardeos murió Indalecio Bizcarrondo “Bilintz” perteneciente el 4^a Batallón de los Voluntarios de la Libertad como consecuencia de las heridas sufridas en la buhardilla del Teatro Principal donde había instalado su vivienda como conserje, justo encima de la que había sido la sede del Ateneo de San Sebastián.

Como decimos, Bilintz formaba parte de los denominados “Voluntarios de la Libertad”, cuerpo creado por Decreto Orgánico del 17 de febrero de 1868 por el Gobierno provisional revolucionario y al que merced a un bando del Ayuntamiento de Donostia de 31 de agosto de 1870 se alistaron rápidamente 314 donostiarros y entre los que se encontraban tanto socios del Ateneo de San Sebastián como de la Unión Artesana.

El 18 de febrero de 1876, 144 días después del sitio, los carlistas abandonan sus posiciones artilleras, haciendo su entrada triunfal en Donostia Alfonso XII el 22 de febrero de 1876 y volviendo la ciudad a la “normalidad”.

Vencido el carlismo, la Iglesia, pilar insustituible del movimiento, se despegaba del mismo, al tiempo que nacía una escisión en dicha corriente por parte de Ramón Nocedal. Nacía la integrista Agrupación Tradicionalista que confesaba mantener la verdad católica íntegra. Y éste fue el camino emprendido por el carlismo en Gipuzkoa, con la conocida reivindicación de un Dios: Jaungoikua; una patria; la vasca; un código: nuestros fueros; una nación: la española. Y frente a este irreductible tradicionalismo Donostia seguía siendo plaza liberal...

7. LA UNIÓN ARTESANA VUELVE A SU LABOR DE ACTIVACIÓN FESTIVA Y SOLIDARIA...

Finalizada la guerra la Unión Artesana vuelve a su actividad ordinaria, conjugando la atención a sus miembros con la dinamización de la ciudad. Y lo hace sin olvidarse de la promoción cultural, llegando a tener incluso un gabinete de lectura, y organizando el 12 de febrero de 1877 un concierto, el primero de este tipo de entidades, interpretado en su mayoría por socios de esta entidad y compuesto por piezas de Bach.

El 17 de febrero de 1879 la Unión Artesana sufriría un gran incendio que destruyó el edificio en el que estaba instalada la sociedad, del que tan sólo se salvó el piano al que ya hemos hecho referencia y un cuadro con el grabado de Juana la Loca y que durante todos esos primeros años había sido mudo testigo de las actividades realizadas en el local social.

Ante esta situación, otras dos sociedades existentes, “La Amistad” y “La Nueva Armonía” cedieron sus locales a la Unión Artesana hasta que ésta pudo arrendar un piso en el Boulevard y en donde llevaron el piano y, cómo no, el grabado de Juana la Loca.

El 7 de diciembre del mismo 1879 la Unión Artesana volvió a su lugar matriz, esta vez con el piano pero sin el grabado que se

extravió en la mudanza, celebrando su vuelta con un gran banquete al que asistió el alcalde, corriéndose además un toro de fuego, tradicional festejo donostiarra.

Si por algo se ha caracterizado la Unión Artesana durante sus casi 150 años de historia es por la solidaridad, y en esos años era, sin duda, una de sus señas de identidad. Así, en diciembre de 1879 se habían producido unas inundaciones en Málaga, Almería y Murcia y en el curso del banquete del día 7, de vuelta a su local social, se abrió una suscripción para socorrer a los damnificados.

Otro ejemplo, de entre muchos de esos primeros años, es la campaña de captación de recursos que emprendió la sociedad en beneficio de las viudas de los pescadores desaparecidos en el hundimiento de la trainera que capitaneaba Luis Carril y en el que éste perdió la vida, al igual que nueve de sus trece compañeros, el 19 de octubre de 1892.

A partir de ese momento la Unión Artesana se constituyó en la iniciativa popular que, sin apoyo alguno, puso los cimientos de casi la totalidad de las fiestas populares de Donostia como los carnavales que tuvieron su definitiva consolidación en 1881 (fecha del primer Gran Carnaval) o de un sinnúmero de fiestas que hoy conforman la idiosincrasia de la ciudad, organizadas por la Unión Artesana y La Fraternal que había renacido pero que pronto uniría definitivamente su proyecto al de la primera. Como decimos, fueron muchas las actividades organizadas: además de los carnavales, la comparsa de Caldereros (que salió por primera vez el 2 de febrero de 1882 desde la Plazuela de Lasala) y qué decir de la Tamborrada, la cual es imposible entender sin la referencia a la Unión Artesana.

Lo que no cabe duda alguna es que la Unión Artesana se había convertido en “portavoz” de la Donostia popular; sin olvidar todas las actuaciones solidarias que continuó organizando como, y es otro ejemplo, la denominada “Fiesta de la Caridad en 1887.

8. ... Y EL ATENEO A SU LABOR DE INSTRUCCIÓN

Finalizada la guerra, y derrotado definitivamente el carlismo, el Ateneo resurge comenzando con una frenética actividad, buscando en todo momento convertirse en centro constante de cultura e ilustración, atendiendo a cuestiones como “Los ideales de progreso” (ponencia con la que se da inicio a esta segunda época), para seguir en cursos posteriores con su labor divulgativa a través de ponencias y debates sobre, entre otros, aspectos científicos (electricidad, dinámica, mineralogía), o más concretos como “La antropología de los pueblos germánicos”, “El problema social”, “La necesidad del euskera y su conservación”, “La instrucción obligatoria y gratuita”, “La influencia de la mujer en la civilización de los pueblos”, “La cuestión social”, “La pluralidad de los mundos habitados”, “consideraciones generales sobre la música de la Antigüedad y de la edad moderna”, aspecto médicos (la visión, la locura...) y un largo etcétera.

En una de esas ponencias, señaló el ilustre ateneísta Joaquín Jamar que *“Los Ateneos son algo más que una escogida reunión de personas cultas a las que el deseo de instrucción congregan. Son cuerpos docenes, además, son guías avanzadas del progreso en las ideas y en el arte, y no llenan por entero su misión sino cuando hacen salir las ideas útiles en su seno vertidas, del estrecho recinto de sus asambleas, al campo sin límite de la opinión”* (La cuestión social, 1879).

Sin embargo, este segundo Ateneo quedó en parte diluido principalmente por discrepancias políticas internas que hacían peligrar el espíritu liberal que lo había caracterizado, hasta que definitivamente desapareció para ya en el siglo XX volver a renacer de sus cenizas a la sombra y con la protección de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País.

9. UNA CIUDAD COSMOPOLITA Y DE OCIO

La ciudad registró a finales del siglo XIX un crecimiento económico inusitado debido fundamentalmente al proceso de

industrialización generalizado que conllevó mejoras en las infraestructuras, la expansión del ferrocarril y la adecuación del puerto de Pasajes, ya definitivamente configurado como “el de Donostia” por decisión del Ministerio de Fomento en 1870 y desterrándose, por tanto, cualquier actuación en similar sentido en Donostia.

Dicho proceso se produjo en Gipuzkoa, como ya hemos señalado, sin grandes traumas, de forma progresiva y dispersa, asentándose fundamentalmente a través de pequeñas y medias empresas y sobre todo en la provincia.

Con el final de la guerra se puso igualmente final a los fueros con la Ley de abolición de 21 de julio de 1876. Sin embargo, la activación económica vino de la mano del Concierto Económico que entró en vigor en 1878 por el Gobierno de Antonio Cánovas del Castillo una vez que se pactase el llamado “Primer acuerdo económico vasco” al objeto de diferenciar un territorio que hasta la abolición de los fueros había disfrutado de un hecho político y económico claramente diferente al del territorio común. La recaudación de impuestos correría por cuenta de las Diputaciones vascas que podrían además gestionarlos a cambio de entregar un Cupo por los servicios que aseguraba el Estado en los territorios vascos. Este acuerdo traería un gran crecimiento económico e industrial en el País Vasco y, por tanto, también en Donostia.

Como consecuencia de esa expansión económica y, en gran medida por los cambios en los hábitos de ocio, el turismo se transformó en Donostia. Si antes solo se pedía a la ciudad descanso en la playa, paseos al borde del mar y excursiones, hacia finales de siglo la demanda social eran las fiestas y los lugares de reunión, En 1869 ya se había creado el Casino Cursaal (sic) en los terrenos del Hotel Londres, como centro de ocio, baile y tertulias, que tuvo que cerrar, al igual que otro casino existente en la ciudad, debido a la aprobación del Código Penal de 1875 que

decretó delito la práctica de juegos de azar. Sin embargo, en 1882 y gracias a la autorización del juego por las Cortes comenzarían las obras del Gran Casino, y que se inauguraría en 1887 en los terrenos de Alderdi Eder, hoy sede de la corporación municipal, precisamente el primer verano que la reina María Cristina visitaba la ciudad. Las visitas reales, que se mantendrían hasta bien entrado el siglo XX, provocó un aluvión de personalidades, nuevas construcciones de residencias de lujo, hoteles, más elegantes y grandes cafés, espectáculos, festejos, además de nuevos servicios. Donostia empezaba a despuntar como uno de los destinos turísticos y de ocio más importantes no sólo de España sino de toda Europa.

Por otro lado, la ciudad se va expandiendo con increíble rapidez por los arenales que enlazaban la bahía de la Concha con el río Urumea, vislumbrándose en lo que se convertiría en los años venideros: una ciudad marcada por la modernidad. Recordemos, por ejemplo, los adelantos técnicos que de forma continuada llegaron a la ciudad: el 1 de agosto de 1882 se inaugura el alumbrado eléctrico público para el Boulevard y calles del centro, en 1887 comienzan a circular los tranvías arrastrados por mulas, o la comunicación telefónica con Madrid en 1891 dos años después de la inauguración del Real Palacio Miramar.

10. EL FENÓMENO DE LAS SOCIEDADES POPULARES SE EXTIENDE POR LA CIUDAD

Pero volvamos a las sociedades populares. Dos años más tarde de la fundación de La Artesana surge La Armonía con el objetivo, según señala su reglamento, de *“proporcionar a los individuos que la componen la mayor suma posible de distracción y recreo”*. Por otro lado, al compás del desarrollo económico de la ciudad se forman numerosas sociedades mutualistas como las de Pescadores de San Sebastián (1869), Neptuno (1878), 1º de Abril (1879), La Unión Obrera (1880), La Humanitaria (1892), o Euskalduna

(1893). Sus funciones eran varias pues a la propia de administrar la mutualidad de los gremios artesanales se unía la de contribuir a la instrucción de sus socios y en este sentido todas contaban con biblioteca. Figuraba también en todas ellas, en su objeto social, el entretenimiento, si bien dentro de un orden pues éste se enmarcaba en la legalidad vigente y por ende “*quedaban prohibidos los juegos de envite y azar*” así como “*toda discusión política y religiosa*”.

Otras muchas sociedades populares se crearon y funcionaron en aquellos años finales del siglo XIX. De ello tenemos noticias por la prensa de la época cuando informa de actividades llevadas a cabo por alguna de ellas. En este sentido, citaremos por ejemplo a la Reunión de Amigos, La Amistad (1884), Oña, Oteiza, La Unión (1888), El Edén (1890), la Sociedad de Recreo, Donosti Zarra (1896) y Gizartea (1898)⁶.

No podemos obviar en este momento de la exposición la segunda de las sociedades populares que, conjuntamente con la Unión Artesana, todavía sigue en activo, y no es otra más que La Armonía de Pasaia, nacida en 1893 bajo la denominación “Socorros mutuos La Armonía”. Su finalidad social en un primer momento no era otra más que servir de seguro económico, a la vez que caja de resistencia, en una época en la que no había seguridad social por enfermedad, muerte o paro forzoso, ni sindicatos de clase. Hoy, como decimos, sigue presente ya con una finalidad más lúdica y festiva en la sociedad pasaitarra⁷.

De este tipo de sociedades que llamaríamos multidisciplinarias solo se ha mantenido en activo hasta nuestros días la Unión Artesana. Con Kañoietan, fundada en 1900, se iniciaría un ciclo

[6] No confundir esta última con la actual sociedad Gizartea sita en la calle San Martín y fundada en 1932.

[7] Sobre las diferentes entidades asociativas de Pasai Antxo, vid.: Ruiz Echeverría, Txema. 125 años de Antxo. Antxotarrok Historia Mintegia, Pasaia, 2014, pág. 175 y sigts.

distinto donde la gastronomía ocupa el lugar fundamental. El nombre de esta sociedad toda parece indicar que hace referencia al “Caño” de la fuente existente junto a la entrada y como las de años anteriores, y las que vendrían a continuación, tiene su origen en un grupo de amigos que deseaba contar con un espacio propio, sin límites horarios y con precios más reducidos en las consumiciones. Kañoietan ha permanecido siempre en el antiguo palacio de Peñaflorida, uno de los pocos que se salvó del incendio de 1813, y que en un primer momento, y antes de la fundación de la sociedad, se utilizó como depósito de sal.

Continuando con esas primeras sociedades populares en 1901 surge Euskal Billera, cuyos objetivos eran el recreo de sus componentes y el mantenimiento de las tradiciones vascas. Si por algo se caracterizó esos primeros años esta sociedad fue por la beneficencia, siendo uno de sus objetivos el prestar ayuda a los más desfavorecidos. Para recaudar fondos organizó diversos espectáculos taurinos, el primero en 1906, entregándose lo recaudado a la junta de defensa contra la tuberculosis, sin olvidar, por supuesto, las famosas becerradas con “El tonto de Euskal Billera”, cuyos beneficios se destinaban a la Misericordia. Paralelamente, la Sociedad se volcó en festejos de todo orden, siendo el más singular y trascendente el de la organización de la Tamborrada Infantil.

Con Ollagorra (1906), surgida del seno de la Unión Artesana cuando esta sociedad tenía su domicilio en la Plazuela de Lasala y en donde se instaló en un primer momento, se da comienzo a las sociedades populares cuyo centro de atención eran particulares aficiones como en este caso a la caza. Pronto, en 1910, y por problemas de espacio, se desplazaría a la Subida al Castillo en otro de los edificios más antiguos de la ciudad que se salvó del incendio de 1813.

Umora Ona (1906) es la primera sociedad creada fuera de la parte vieja donostiarra y que en una primera época desarrolló

actividades deportivas. Esta sociedad apostó, como sus predecesoras, por la beneficencia, manteniendo la sala San Luis en el Hospital de Ulía y posteriormente colaborando con los niños de San José de la Montaña.

Ya entrado el siglo XX cada vez más podemos encontrar el origen de las sociedades populares en el interés compartido por una actividad. Es el caso de la promoción del deporte como Amaiak-Bat (1907) o el Club Deportivo Esperanza (1911). La explosión de las sociedades populares no había hecho más que empezar. A las ya citadas les seguirían Gaztelupe (1916), Gimnástica de Ulía (1917), Sociedad de Caza y Pesca (1919), y tantas otras en los ya “felices años veinte” y años venideros.

11. MASONERÍA DONOSTIARRA

Si bien no es motivo de la presente exposición profundizar sobre el origen, definición y desarrollo de la masonería⁸, sí diremos que es unánime la opinión de que esta institución no ha tenido tanto desarrollo en nuestro País como en el resto de Europa, por lo menos en el sur de Euskal Herria.

En una breve aproximación, señalaremos que la masonería operativa, la que construía las grandes catedrales góticas del medievo, tiene antiguos e imprecisos orígenes. Sus integrantes se reunían en una pequeña construcción provisional, a la que llamaban logia, que situaban cerca de la catedral que construían. Mantenían sus técnicas en estricto secreto y nadie que no fuese masón podía conocerlas. Con el paso del tiempo, los masones operativos empezaron a aceptar a personas relevantes en sus logias con las que compartieron sus secretos. Poco a poco, y debido a que se dejaron de construir catedrales, el número de

[8] Utilizaremos el término masonería para referirnos a la francmasonería (constructores francos y aceptados).

masones operativos fue bajando mientras que el de los nuevos masones aceptados se incrementaba, lo que acabó conduciendo a que la masonería sufriese una transformación que la convirtió en la masonería llamada especulativa, donde aquellos secretos de construcción se adaptaron por medio de símbolos y alegorías a la conducta moral del ser humano. Finalmente, el 24 de junio de 1717 en la taberna londinense “El Ganso y la Parrilla” de Londres, se sentaron las bases para crear la Gran Logia de Londres y Westminster, uniéndose cuatro logias dando inicio a institucionalización de la masonería moderna actual, heredera de la masonería operativa. Esta Gran Logia daría lugar posteriormente a la actual Gran Logia Unida de Inglaterra, a la que está adscrita la Gran Logia de España-Gran Oriente Español.

Asentada ésta en el mundo latino, especialmente en Francia, estos aprendices de la libertad participan, como define el Diccionario Enciclopédico de la Masonería, de una *“Asociación universal, filantrópica, filosófica y progresiva; procurando inculcar en sus adeptos el amor a la verdad, el estudio de la moral universal, de las ciencias y de las artes, desarrollar en el corazón humano los sentimientos de abnegación y de caridad, la tolerancia religiosa, y los deberes de la familia. Tiende a extinguir los odios de raza, los antagonismos de nacionalidad, de opiniones, de creencias y de intereses, uniendo a todos los hombres por los lazos de solidaridad, y confundiéndoles en un tierno afecto de mutua correspondencia. La masonería procura, en fin, mejora la condición social del hombre, por todos los medios lícitos y especialmente por la instrucción, el trabajo y la beneficencia. Tiene por divisa la libertad, la igualdad y la fraternidad”*.

Centrándonos en la masonería vasca, diremos que ésta ha estado tradicionalmente ligada a la vecina masonería francesa de modo muy estrecho y, por ende, también lo estuvo la donostiarra. Como decimos, la masonería francesa que ya había dado cobertura bajo el manto de asilo político e ideológico a aquellos sus hermanos españoles que acudían en búsqueda de amparo,

fue determinante en la historia de aquellos aprendices de la libertad donostiarras.

Así, precisamente la primera logia vasca en el sur del Bidasoa se fundó en Donostia en 1809 bajo la denominación de “Los Hermanos Unidos de San Sebastián” y con el número de 8.714 del Gran Oriente de Francia, formando parte de esa masonería bonapartista compuesta casi en exclusiva por militares adscritos al ejército francés y miembros de hospitales de campaña del ejército francés que ocupaba Donostia.

Pero en realidad, tan sólo a partir de 1870 podemos reconstruir, con más información, la implantación de la masonería en el País Vasco, y por tanto también en Donostia. Y la primera curiosidad y hecho diferencial es que frente al gran número de Obediencias masónicas existentes en España era el Grande Oriente Nacional de España (G. O. N. E.) el que casi en exclusividad estaba implantado en Gipuzkoa y más en concreto en Donostia. Esta Obediencia daría lugar tras unirse con el Gran Oriente de España, al Gran Oriente Español, fusionado en la actualidad con la Gran Logia de España.

Siguiendo los trabajos realizados por la Enciclopedia Vasca Auñamendi (Eusko Ikaskuntza), las logias masónicas guipuzcoanas durante este final del siglo⁹ fueron las siguientes:

[9] Además, ya en el siglo XX, en 1902 levantaría columnas la logia Progreso nº 289, debiéndose esperar posteriormente hasta 1925 y 1932 para ver cómo comenzaban a trabajar en Donostia las logias Anatole France nº 29 y Altuna nº 15 respectivamente. Esta última se mantendría activa hasta 1936 cuando fue cerrada por las tropas insurrectas a la legalidad republicana. Así mismo, en Gipuzkoa se alumbraron los proyectos masónicos La Ciencia (Deba, 1915) y Juan Prim (Irún, 1937). Fuente: *Enciclopedia Vasca Auñamendi*.

Tendrían que pasar muchos años, y superada la etapa negra y fatal de la dictadura, entre otros para la masonería, para que ésta retornada a Gipuzkoa de la mano en esta ocasión de la logia Stella Matutina nº 75 (Gran Logia de España) un 26 de febrero de 1994.

GIPUZKOA			
AÑOS	LOGIA	LOCALIDAD	OBIEDIENCIA
1870	Logia "Cosmopolita Fraternal nº 30"	Donostia	G.O.N.E.
1870	Capítulo "Cosmopolita nº 6"	Donostia	G.O.N.E.
1871	Logia "Buenaventura nº 27"	Pasajes	G.O.N.E.
1871	Triángulo nº 31	Irún	G.O.N.E.
1881	Logia "Aureola Guipuzcoana nº 66"	Donostia	G.O.N.E.
1882	Logia "Obreros del Progreso nº 120"	Tolosa	G.O.N.E.
1878	Capítulo "Obreros del Progreso nº 24"	Tolosa	G.O.N.E.
?	Logia "La Aurora" ¹⁰	Donostia	
1890	Logia "Providencia nº 270"	Donostia	G.O.N.E.
1891	Logia "La Paz nº 97" ¹¹	Donostia	G.L.S.E.
1893	Capítulo "Heroísmo nº 322"	Donostia	G.O.N.E.
1893	Logia "Luz de la Frontera nº 323"	Irún	G.O.N.E.
1895	Capítulo "Seoane"	Irún	G.O.N.E.

Este desarrollo, creemos que de alguna forma posibilitado en un primer momento por la "La Gloriosa", se produjo en un clima en Gipuzkoa totalmente opuesto en ese momento a las ideas librepensadoras de la masonería. Donostia sería, sin duda, el lugar más apto para su desarrollo y seguramente el único en el que esto hubiera sido posible.

La Obediencia en la que se incardinaban todas las logias donostiarras, a excepción de "La Paz nº 97", definía la masonería diciendo que ésta *"no es una religión positiva, ni una escuela filosófica, ni un partido político. Rechaza todo exclusivismo, y su doctrina y sus principios son universales, puesto que en lo fundamental conviene con los dogmas, principios y doctrinas y todas las religiones, de todas las escuelas, de todos los partidos. Reconoce y proclama la armonía de los mundos, creada y sostenida por el Gran Arquitecto del Universo"*.

[10] Tan sólo tenemos referencia de esta logia, perteneciente al Gran Oriente de Francia como tan bien lo fue Hermanos Unidos de San Sebastián, merced a una comunicación escrita que la referencia y que obra en los archivos de la citada Obediencia.

[11] Masonería de obediencia egipcia que practicaba el rito de Memphis Mizraim.

Una Obediencia que no buscaba más que instruir, moralizar a los hombres a través de la fraternal unión de todos los iniciados y en la que se trabajaba para investigar la verdad y en la que todos se obligaban a obrar y a vivir según la verdad hablada y a practicar el bien y la virtud según la razón ordenada.

Pero seguramente, entre todas las logias donostiarras de este final de siglo, fue la Respetable Logia Providencia nº 270, constituida el 27 de marzo de 1890 también bajo los auspicios del Grande Oriente Nacional de España, la si no más importante, que pensamos que también, de la que disponemos mayor información documental.

Los componentes de esta Logia, como decimos seguramente el antecedente más importante de la protohistoria masónica donostiarra, eran militares –alguno de ellos iniciados en Cuba–, fabricantes, sastres, profesores, aduaneros, camareros, maquinistas, farmacéuticos..., y adoptaron nombres tan simbólicos como Churruca, Colon, Prim o Legazpi. Trabajaban por el bien y el progreso de sus miembros, así como el de la sociedad en general, lo que nos lleva a recordar parámetros similares ya citados para las sociedades populares si bien éstas lo circunscribían al ámbito local.

Proclamaban estos masones su compromiso a vivir según el honor, practicando la justicia, amar a sus semejantes, trabajar sin descanso por el bien de la humanidad, y perseguir su emancipación, pacífica y progresiva, todo ello para hacerle digno al hombre de su misión sobre la tierra, y para ello, decían, contaban con el principio irrenunciable de la libertad que el Gran Arquitecto del Universo les había concedido.

Estos masones donostiarras no olvidaban por otro lado la solidaridad y beneficencia tan características de la masonería y así destinaron partidas económicas, en la medida de sus posibilidades, a los padres de un miembro de la Logia Torrijos de San Roque de Cádiz que lo había sido anteriormente de la propia

Providencia nº 270, así como a las víctimas de las inundaciones de Toledo y Almería; o en años posteriores a los damnificados por el naufragio del crucero español “Reina Regente”, o a la puesta en escena de una obra teatral con fines benéficos.

La Logia Providencia nº 270 si por algo se caracterizó fue por su militancia anticlerical, entre otras cosas por las influencias que sobre ella ejercía el periódico *Las Dominicales del Libre Pensamiento* (1883-1909), fundado por Ramón Chías y Gómez de Riofranco, también conocido con el pseudónimo Eduardo de Riofranco (1846-1893), y Fernando Lozano Montes, de seudónimo *Demófilo* (1844-1935). Este periódico en 1902 se constituyó en órgano de la Federación Internacional de Libre Pensamiento en España, Portugal y América Íbera.

El semanario pronto se convertiría en referencia y defensor del republicanismo, el libre examen, el liberalismo, el feminismo, el divorcio, la abolición de la pena de muerte, el naturalismo, la escuela libre de Francisco Ferrer y Guardia y el estudio antropológico, histórico, materialista y científico de la religión; mostrando igualmente sus simpatías por la masonería, la teosofía, y el krausismo.

Seguramente la estancia de Ramón Chías en Donostia durante el verano de la fundación de la logia acrecentó dicha vinculación y relación, que fue tal que incluso el propio Chías tenía pensado representar a la logia en el congreso librepensador que debía realizarse en 1892, y al que los masones fueron llamados a participar de manera formal por el citado periódico. Sin embargo, el congreso en el que iban a tratarse los valores de las utopías comunes como la libertad, fraternidad, paz, federación de pueblos, justicia, conciencia libre y en definitiva en el que los librepensadores medirían sus fuerzas quedó prohibido por el Gobierno.

Pero en lo que más se destacó esta logia donostiarra fue en el proselitismo realizado a favor suyo pero también de la masonería en general. Así, escribían los masones donostiarras: “Por

donde más se ha distinguido este taller, sobre todo en estos últimos meses, es en el trabajo de propaganda y lo demostrará, más adelante, en el levantamiento de nuevos talleres en varios pueblos de esta Provincia, según os hemos ya indicado”; para a continuación atacar directamente a la Iglesia: “Ahora bien, queridos hermanos, estos trabajos que no son más que el cumplimiento de nuestro deber, si algún mérito tienen no es otro que el de verificarse en estos valles, y en donde parece que hasta el aire que se respira está inficionado con las mismas del oscurantismo, pues aun dentro de nuestros propios hogares tenemos que sostener una continuada guerra para quitar de nuestras familias rancias preocupaciones sostenidas por esa gente cuya conciencia es aún más negra que el traje que visten”.

Y efectivamente, estos masones donostiarras fundarían el Capítulo Heroísmo y el 29 de marzo de 1893 en Irún la Logia Luz de la Frontera nº 323, de la que a su vez nacería el Capítulo Seoane.

Pero como hemos indicado la logia Providencia nº 270 no sólo bebía de las influencias de Ramón Chies, sino también del otro fundador de Las Dominicales, y masón, Fernando Lozano, quien identificaba claramente el término regionalismo con el del republicanismo, en parámetros muy similares a los que ya veíamos con el liberalismo vasquista de los primeros ateneístas donostiarras. Nuestros masones, siguiendo a Lozano, defendían el movimiento común del pueblo para asegurar el fuero particular de cada ciudad o región, pero transformándolo a la vez en algo más grande y generoso que pudiera servir no sólo a una nación sino a todas las naciones, remitiéndose en suma al valor supremo de la libertad.

El posicionamiento de Las Dominicales, y también de los masones donostiarras, era claro cuando exponían que la ignorancia había mantenido al pueblo vasco en la creencia que la causa de los fueros y del rey absoluto eran la misma, algo que cuando así ha sido, señalaban, no ha conseguido más que ruina

y sangre. Sin embargo, proclamaban la libertad como punto de encuentro de todas las naciones frente al absurdo absolutista.

12. ¿SON LAS SOCIEDADES POPULARES DE ORIGEN MASÓNICO?

Ha sido ésta una de las cuestiones más debatidas en relación al origen de las sociedades populares donostiarra. Hoy es el día que en cualquier visita guiada a la Unión Artesana surge de manera inmediata esa referencia a la posible vinculación en origen con la masonería. Pero no sólo de esta sociedad sino también de La Fraternal o, incluso de otras de las primeras sociedades como La Armonía, La Unión Obrera o tantas otras.

Esta hipótesis ha sido reforzada en la actualidad por la propia masonería guipuzcoana que insinúa a veces y otras afirma de forma explícita dicha relación, atreviéndose incluso en algunos foros a argumentar que la constitución de la primera de estas sociedades, La Fraternal, y su voluntad de “comer y cantar”, tal y como señalaban sus estatutos, no era más que una artimaña para ocultar una logia masónica, que se presentaría a la ciudad bajo una apelación muy común entre las logias masónicas como es la fraternidad.

La verdad es que hay importantes similitudes por lo menos con las sociedades populares más antiguas, o por lo menos así se ha querido poner de manifiesto, como el hecho de que en su seno estuviera prohibida expresamente la entrada a las mujeres tal y como sucedía en el resto de las logias masónicas; o la similar forma de votar para la aceptación de nuevos socios, o la prohibición de discutir cuestiones de tipo político y religioso que ambas llevarían a sus estatutos, así como su marcado carácter democrático y fraternal, todo ello sin olvidar la labor de beneficencia que caracterizó tanto a la masonería como a las sociedades populares, o la identificación que se ha querido ver de éstas

con los templos masónicos en los que era condición contar con cocina para la organización de los ágapes.

Pero quizás lo más significativo es el logotipo original de la propia Unión Artesana que representa dos manos que se estrechan y en el que muchos han querido ver el toque o empeño del aprendiz masón; o incluso en el logo ya actual en el que vislumbran la escuadra y el compás entrelazados en el grado de compañero de la Orden.

Sin embargo, la verdad es que, a nuestro entender, en un riguroso análisis estos argumentos caen por su propio peso, y no evidencian más que una loable intención de vincularse, sobre todo por la propia masonería, a unas entidades de gran reconocimiento social y conformadoras de las señas de identidad de Donostia, buscando con ello agregar éstas a la larga lista de instituciones creadas o auspiciadas por ilustres masones, como son, a modo de pequeño ejemplo, la Cruz Roja, los Boys Scouts, o la Sociedad de Naciones, sin olvidar otros referentes como la Declaración Universal de los Derechos Humanos, o la primera constitución de los Estados Unidos.

En cualquier caso, como en los ejemplos citados, la masonería no actúa de forma directa ni visible en la sociedad –no tiene por qué hacerlo– sino que forma ciudadanos para que estos construyan una mejor sociedad. En esta medida podría haberse dado el caso que algún donostiarra iniciado en masonería podría haber estado entre los fundadores de las sociedades populares, incluso que su influencia hubiera sido determinante pero no hemos encontrado un solo dato para afirmar que hubo una actuación organizada y colegiada ni voluntad alguna de las logias, de las pocas que existían, en penetrar en la sociedad a través de las sociedades populares y mucho menos de lanzar mensaje velado alguno en los nombres ni en los logotipos de éstas. Quizás nos hubiera gustado ese origen épico, pero en verdad no pensamos que fuera así. Dicho esto, hemos de reiterar la idea de que la

masonería forma personas y éstas participan en la construcción de la sociedad en la que viven por lo que la interacción de forma indirecta pudo producirse si bien, insistimos, no de forma pre-determinada y coordinada.

Es momento de detenernos por tanto en algunas de las coincidencias apuntadas puesto que efectivamente las hubo. Pues bien, en relación a los nombres de las primeras sociedades, sobre todo de La Fraternal, en el año de su fundación no hemos podido saber ni siquiera si había masones en Donostia, por lo que nos podemos encontrar con una simple coincidencia porque si bien la fraternidad en uno de los principios masónicos no es patrimonio sólo de esta hermandad. Es posible que encuentre un acomodo más fácil la identificación con la fraternidad promulgada por el mutualismo y la ayuda mutua, caracterizada por el trabajo de manera solidaria y coordinada para ofrecer servicios a los miembros de la asociación. Esta identificación, unida a la de la libertad, sí que nos atrevemos a decir que fue determinante en todo el desarrollo de las sociedades populares de finales del siglo XIX. Hilando fino se nos podría decir que el mutualismo también es de origen masónico, como la de todos los avances de la sociedad desde que la Orden se instituyó, pero además de utópico desborda el presente estudio.

Además, atendiendo a los documentos de los masones donostiarres de finales de siglo y que hemos podido revisar, más en concreto de los miembros de la logia Providencia nº 270, no existe referencia alguna a su vinculación de forma organizada con las sociedades populares. Incluso cuando la logia tuvo problemas a la hora de encontrar un local para realizar sus trabajos no acudió a las sociedades populares, como sí ocurrió en el Reino unido con las tabernas de la época.

El resto de coincidencias, como la prohibición de entrada de las mujeres en las sociedades, y que ya ha sido expuesta, o la forma de voto, no son más que reflejos de una época. Incluso la

prohibición de hablar de política y religión que si bien sí se practicaba en las primeras sociedades populares no era estrictamente cumplida, por ejemplo, en la logia Providencia nº 270 en la medida que en muchas ocasiones la logia estaba más preocupada en lo que dijeran Las Dominicales que de otra cosa.

Tampoco la referencia a que los templos masónicos debían tener cocina para los ágapes nos lleva a vinculación alguna porque de los estudios realizados se desprende que los ágapes realizados por la Providencia nº 270 no se realizaron en sociedades populares entre otros motivos porque debían estar ocultos a las miradas de los profanos..., además de participar en ellos de forma puntual mujeres que no tenían acceso a las sociedades populares.

Quizás es el logotipo original de la Unión Artesana la seña que más nos llevaría a pensar en la existencia de algún tipo de vinculación en la medida que efectivamente parece intuirse en él el toque o empeño del aprendiz masón. En este sentido, hemos de recordar que este logotipo, incorporado a la bandera, aparece en 1879 cuando la Unión Artesana vuelve a su sede de la Plazuela de Lasala, momento en el que sí existía masonería implantada en Donostia, o por lo menos masones, y a través de la misma pudiera existir algún tipo de vinculación o inspiración.

Sin embargo, también en este caso nos parece difícil, a nuestro entender, dicha relación, descartando que exista mensaje encriptado alguno más allá del de la unión entre los distintos y la solidaridad, logo similar al de muchas sociedades del momento como, por ejemplo, La Armonía de Pasaia o el sindicato Unión General de Trabajadores (UGT), con quien tuvo un contencioso la Unión Artesana precisamente por el uso del logotipo de esta última y su registro como marca. Por otro lado, ver en el actual de la Unión Artesana la escuadra y el compás masónicos es desbordar, a nuestro entender, la imaginación.

Por último, el marcado carácter democrático, la beneficencia, así como la referencia a la libertad, igualdad y fraternidad, máxima de la masonería y que se contemplan también en las sociedades populares, no hace más que remitirnos a valores universales de la humanidad. Es tan sólo en ese plano general en donde podemos encontrar identidades entre los unos y los otros, también con el librepensamiento y el ateneo, con independencia de considerar si estos valores son construcción de la masónica... o no.

13. EL RENACER DE LOS VIEJOS IDEALES: LA REAL SOCIEDAD BASCONGADA DE LOS AMIGOS DEL PAÍS

José Manterola en su obra “*Guía Manual de Guipúzcoa y San Sebastián*” (1871), ya mencionaba la sociedad “Reunión de Amigos” fundada en 1846 y con sede en la Plaza de la Constitución (entrada por la calle Iñigo 2), que disponía de biblioteca y abundante prensa nacional e internacional. Así mismo, Rufino Mendiola en 1963 publicó “*La vida cultural en San Sebastián. Anotaciones histórico-retrospectivas*”, y hablaba de “La Armonía” en 1865, situada en el número 4 de la Calle Mayor que promovía la enseñanza gratuita de la clase artesana, disponiendo igualmente de gabinete de lectura.

A estas le siguieron “La Fraternidad” (1865), el Círculo Mercantil e Industrial (1866), el Círculo Easonense, la propia Unión Artesana a la que ya hemos hecho referencia, y un buen número de grupos culturales a los que “*nada les era ajeno*”, que promoverían investigaciones, el euskera, el mejor conocimiento del País, la pintura, la literatura, la arquitectura, el deporte, la floricultura y, sobre todo, la música y el teatro; para mejorar, en suma, el País y todo ello sin hablar de política o religión.

En este contexto histórico de finales del siglo XIX surge poco a poco la idea de despertar el ideal del Conde Peñaflorida de

elevar el nivel social y humano del País, perfeccionado la agricultura, promoviendo y extendiendo la Industria, así como en general el cultivo de las ciencias y de las artes. La Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País¹² estaba a punto de renacer, lo cual se hizo posible en 1899 gracias a la existencia y trabajo fundamentalmente de tres sociedades: Euskal-Batzarre (1892), la Sociedad Anónima Easo (1895) y la Sociedad de Bellas Artes (1895).

El origen de la nueva “Bascongada” lo hemos de encontrar en la primera de estas sociedades: Euskal-Batzarre. En efecto, en ella se reunían un grupo de donostiarras con aficiones comunes a la literatura, música, arqueología y amantes de las tertulias y que el 18 de junio de 1892 aprobarían los Estatutos, suscritos por el conde de Lersundi y Ramón Luis de Camio, de la nueva sociedad en el nº 2 de calle General Lersundi. Ese mismo año ubicarían el domicilio de la nueva sociedad en General Etxague nº 9-1º, lugar donde instalarían su “Salón de Conciertos” (la sala Wagner), y en el que se realizaban simultáneamente sesiones musicales e interminables debates.

Por otro lado, la Sociedad Anónima Easo se constituyó el 22 de abril de 1895, bajo la presidencia de Javier de Ibero y ejerciendo de secretario Ramón Luis de Camio, siendo el objeto de la misma, según rezaba el artículo 3 de sus Estatutos, *“la construcción y aprovechamiento de un edificio destinado al fomento de las Bellas Artes en general y especialmente de la música y la pintura”*.

Materializando su objeto social, la Sociedad Anónima Easo proyectó la construcción de un edificio en la segunda manzana del ensanche Oriental de la ciudad, que muy poco después ten-

[12] En esta segunda época fue constituida en realidad como “Sociedad Económica Vascongada de los Amigos del País”, si bien nosotros utilizaremos con carácter general para todo el texto su denominación actual de “Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País”.

dría el nombre de calle Euskalerría. El arquitecto, José Goicoa, artífice del proyecto, cedió sus honorarios completos a la sociedad, que vino a sustituir a la sala Wagner de Euskal-Batzarre, al tiempo que se convertiría en el centro de la actividad cultural de Donostia. Estamos hablando del Palacio de Bellas Artes.

Más adelante aparecería la Sociedad de Bellas Artes, presidida por el Conde de Peñafiorida y repitiendo como secretario Ramón Luis de Camio, que no fue más que la fusión de las Sociedades Easo y Euskal Batzarre, que se concretó el 3 de julio de 1895, buscándose como aquellos ilustrados del siglo XVIII un ideal concreto y definido: “*la elevación del nivel cultural del País y de sus gentes*”.

No obstante, por motivos jurídicos, la Sociedad Anónima Easo, que había aumentado su capital, no desaparecería, si bien se limitaría a la teneduría y administración del edificio, y la Sociedad de Bellas Artes a la promoción y realización de las actividades culturales, creando para ello distintos grupos de trabajo o secciones como las de música, pintura literatura, arquitectura, floricultura, deporte.... Esta “unión imperfecta” o extraña combinación jurídica entre una promotora-constructora y una asociación cultural generaría en el devenir histórico difíciles equilibrios, y en ocasiones importantes problemas y desavenencias.

La sociedad realizó innumerables actividades de teatro, musicales (y creación de una academia de música), conferencias, así como la organizadora de eventos de notable importancia y repercusión como las exposiciones de pintura y escultura en 1896 y artístico-industrial en 1897.

Fue precisamente la propia Sociedad de Bellas Artes la que puso de relieve la analogía que existía entre dicha sociedad y la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, articulando todos los medios para resucitarla. La Junta Directiva formada por el Conde de Torre-Muzquiz (presidente), Ramón Machinbarrena

(Vicepresidente), Ramón Luis de Camio (secretario), Leonardo Moyua (tesorero), y Wenceslao Orbea y Jose M^o Echeverría (vocales), fue determinante en el resurgir de los viejos ideales ilustrados. Y así, el 3 de febrero de 1898 se expone y defiende por Wenceslao Orbea la idea de transformar la Sociedad de Bellas Artes en la ya citada Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, aunándose a partir de entonces voluntades de numerosos miembros, tanto de la propia Sociedad de Bellas Artes como de la Sociedad Anónima Easo, de cara a dicha transformación. Por fin el 19 de marzo de 1899 en la Asamblea Extraordinaria de la Sociedad de Bellas Artes se acordó la pretendida transformación.

La Junta Directiva de la sociedad resucitada, en la que repetirían muchos de los directivos de la Sociedad de Bellas Artes, quedaría constituida por: el Conde de Torre-Muzquiz (presidente), Ramón Machinbarrena (Vicepresidente), Wenceslao Orbea (vicepresidente), Ramón Luis de Camio (secretario general), Juan Laffite (secretario de actas), Alberto Ugalde (tesorero) Leonardo Moyua (contador), y Jose M^o Echeverría, Juan José Celaya, Ramón Elosegui y Ramón Cortazar (vocales).

Según el artículo 2 de los estatutos aprobados “La Sociedad se propone fomentar las inclinaciones y gustos del público hacia el cultivo de las ciencias, de las artes y de la industria, y a contribuir al desarrollo de la instrucción popular. Con este objeto celebra exposiciones cultiva la música y la literatura, delibera y acuerda sobre puntos relacionados con la prosperidad del País, ejerce el derecho de petición, instituye cursos para la enseñanza, concede premios y estímulos, y pública, periódicamente o en las épocas que juzgue más conveniente, sus propios trabajos y los que le sean remitidos, cuando estime de utilidad su publicación”.

A pesar de establecerse su domicilio en Donostia la vocación de su acción era todo el País Bascongado (recordemos la divisa de la sociedad consistente en tres manos unidas, en símbolo de amistad de los territorios vascos y, en la que se lee el lema

IRURAC BAT –sic- encerrado en una corona de laurel). Y lo proponía hacer a través de tres secciones: de ciencias, letras e instrucción pública: de agricultura, industrial, comercio y economía política; y de bellas artes.

Si por algo se caracterizó este último año del siglo XIX, y primeros del siglo XX, en Donostia fue por la andadura brillante e intensa de esta sociedad, concretada en la Exposición Histórica y de Artes Retrospectivas (1899), la Exposición de cerámicas, fotografías, y miniaturas antiguas y modernas (1900), ambas celebradas en el Palacio de Bellas Artes; además de la creación de escuelas (música, comercio, eléctricos prácticos, policía, taquígrafía e idiomas) y organización de actividades de todo orden vinculadas con la cultura (muy especialmente con la música y el teatro).

Así mismo, la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País propuso la creación de un “Museo histórico, arqueológico y artístico” en Donostia, debiéndose esperar hasta enero de 1902 cuando, y después de muchos esfuerzos y vencer grandes dificultades, el primer museo donostiarra quedó instalado en la esquina de la calle Andía con Garibay, pasando posteriormente a la calle Urdaneta y luego al antiguo Convento de San Telmo, donde se encuentre en la actualidad bajo dependencia del Patronato Municipal de Cultura de Donostia. Lo que no podemos obviar es que desde su creación y hasta tiempos muy recientes la participación de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País en sus Juntas de Gobierno o de Patronato fue constante.

Por otro lado, y en esos primeros tiempos (desde 1898 hasta 1900), la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País contribuyó con una desbordante imaginación en la promoción de un gran proyecto cultural que bien pudo ser el germen de la Sociedad de Fomento de San Sebastián (1902), propuesta posteriormente por el club Cantábrico, y de sus magníficas realizaciones: el Hotel María Cristina y el Teatro Victoria Eugenia.

La “Bascongada” había vuelto al País por lo menos hasta 1912, fecha en la que quedó disuelta, por diferentes problemas –principalmente económicos- en Junta General Extraordinaria de 12 de mayo, si bien el 16 de junio del mismo año la propia Comisión liquidatoria decidió su continuidad puesto que una entidad tan arraigada desde hacía más de un siglo no podía morir, dando inicio a una nueva etapa de esta sociedad que se concretarían en actuaciones, entre otras, como la Exposición histórico naval oceanográfica (1913), y el proyecto del Museo histórico naval oceanográfico (fundado en 1913).

14. CONSTRUCTORES DE UNA CIUDAD Y DE SU ESPÍRITU LIBERAL

En este breve repaso a la historia de Donostia, realizado seguro a trompicones y por carriles paralelos, como son el de las sociedades populares, la cultura y la masonería, sí podemos decir que los tres contribuyeron, todavía hoy, a definir Donostia en lo que realmente es.

Carriles, como decimos paralelos, que en ocasiones ni si quiera se han mirado y otras, sin embargo, se han cruzado de forma intensa, como cuando los masones donostiarras, según hemos podido leer en sus documentos, acudían a las tertulias del ateneo guipuzcoano a cooptar miembros para su singular y simbólica construcción.

Pero lo que no cabe duda es que es imposible entender a donde hemos llegado hoy sin el legado de todos ellos. El de unas sociedades populares creadoras de todas las fiestas de nuestra ciudad y colaboradoras desinteresadas con todo aquel que quisiera hacer de Donostia una ciudad todavía, si cabe, más grande. Todas ellas paradigma de la solidaridad y la fraternidad, sin olvidar la igualdad de la que se disfruta entre sus paredes, en la

que no se distingue clase o profesión, y si cabe tan sólo rota por saber quién es más hábil en los fogones...

Sociedades populares que han colaborado a crear esa Donostia liberar, tolerante, epicúrea, que diría Fernando Múgica, y sobre todo festiva. Esa Donostia que sigue, como en aquel entonces, teniendo dos caras, sin que ello demuestre contradicción alguna porque ambas son complementarias. Una mirando hacia fuera y atrayendo visitantes que disfrutan de un verano y recreo único en el mundo gracias a su parte vieja, bares y terrazas, y, cómo no, a sus festivales de cine, jazz, etc.; sin querer olvidar sus playas y montes cercanos que la hacen un destino incomparable. Pero existe otra mirada, hacia dentro, a su historia, a sus sociedades populares, la que hacen los donostiarras cuando están “solos”, la que no falta a la cita del San Tomás para degustar un “pintxo” de txistorra, la que marca en rojo en el calendario el segundo domingo de septiembre para disfrutar con las regatas de traineras en la bandera de la Concha, la que se estremece cada 20 de enero con la marcha de San Sebastián..., en suma la de la Donostia popular.

Y una ciudad que también es cultura, que defendió el libre-pensamiento (siempre lo ha hecho) frente a quienes quisieron acabar con él y que supo recuperar los viejos ideales del Conde Peñaforida. Fueron los donostiarras de finales del siglo XIX los que decidieron recuperar la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País que ya definitivamente se quedó hasta nuestros días como la gran institución cultura que es. A ellos, también, debemos gran parte de lo que hoy es Donostia.

Y, por último, todos y cada uno de ellos, haciendo suyos valores universales como la libertad, igualdad y fraternidad que siempre habrá quien los promuevan desde el silencio, sin búsqueda de protagonismo, y contribuyendo a hacer esta sociedad algo más justa y solidaria a través de sus actos.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV., *140 AÑOS de la Unión Artesana*, Unión Artesana, Donostia-San Sebastián, 2011.
- AGUIRRE FRANCO, Rafael, *Donostia-San Sebastián 1813-2013 –efemérides–, el bicentenario del incendio y la reconstrucción de la ciudad*, Fundación Kutxa, Donostia-San Sebastián, 2013.
- AGUIRRE FRANCO, Rafael, *Las sociedades populares*, Caja de Gipúzcoa, Donostia-San Sebastián, 1983.
- AGUIRRE FRANCO, Rafael, *Las sociedades populares, Donostia 1870-2005*, Hiria, Donostia-San Sebastián, 2006.
- AROZAMENA, Jesús María, *San Sebastián, Biografía sentimental de una ciudad*, Samarán ediciones, Madrid, 1963.
- AYCART ORBEGOZO, José María, *La Sociedad Económica Vascongada de los Amigos del País*, colección ilustración vasca (dos volúmenes), Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, Donostia-San Sebastián, 2005.
- RUIZ ECHEVERRIA, Txema. *125 años de Antxo*. Antxotarrok Historia Mintegia, Pasaia, 2014.
- FERRER BENIMELI, José Antonio (coord.), *La masonería en España en el siglo XIX*, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, Valladolid, 1987.
- MINA, Javier, *El Ateneo Guipuzcoano, Una historia cultural de San Sebastián entre 1870 y 2005*, Txertoa, Donostia-san Sebastián, 2008.
- MÚGICA HERZOG, Fernando, *Breve crónica de un siglo de vida donostiarra, La sociedad “UNION ARTESANA” en su centenario*, Fundación Alzate, Donostia-San Sebastián, 1996.
- MUÑOZ ECHABEGUREN, Fermín, *Anales de la 2ª guerra carlista. Cómo se vivió la guerra en la ciudad*, Fundación Kutxa, Donostia-San Sebastián, 2002.
- MUÑOZ ECHABEGUREN, Fermín, *San Sebastián reedificación de la ciudad destruida. Crónica de 1813 a 1840*, Erein, Donostia-San Sebastián, 2014.
- PIRALA, Ángel, *San Sebastián en el siglo XIX*, Madrid 1900; reeditado por el Instituto de Dr. Camino de historia donostiarra, Donostia-San Sebastián, 2001.

RODRIGUEZ DE CORO, Francisco, *La masonería donostiarra a finales del siglo XIX*, Boletín de Estudios Históricos sobre San Sebastián, Donostia-San Sebastián, 1988 (22).

RODRIGUEZ DE CORO, Francisco, *Los masones (1728-1945), Introducción a la Historia de la Masonería en Euskal Herria*, Fundación Sancho el Sabio, Vitoria-Gasteiz, 1991.

SADA ANGUERA, Javier María, *Historia de la ciudad de San Sebastián a través de sus personajes*, Alberdania, Irún, 2002.

PÁGINAS WEBS

<http://aunamendi.eusko-ikaskuntza.eus>

<http://www.unionartesana.eus>

<http://www.sociedadesgastronomicas.com>

<https://bascongada.eus>

<http://ateneoguiupuzcoano.wixsite.com/ateneo-guiupuzcoano/home>

<http://www.gle.org>

